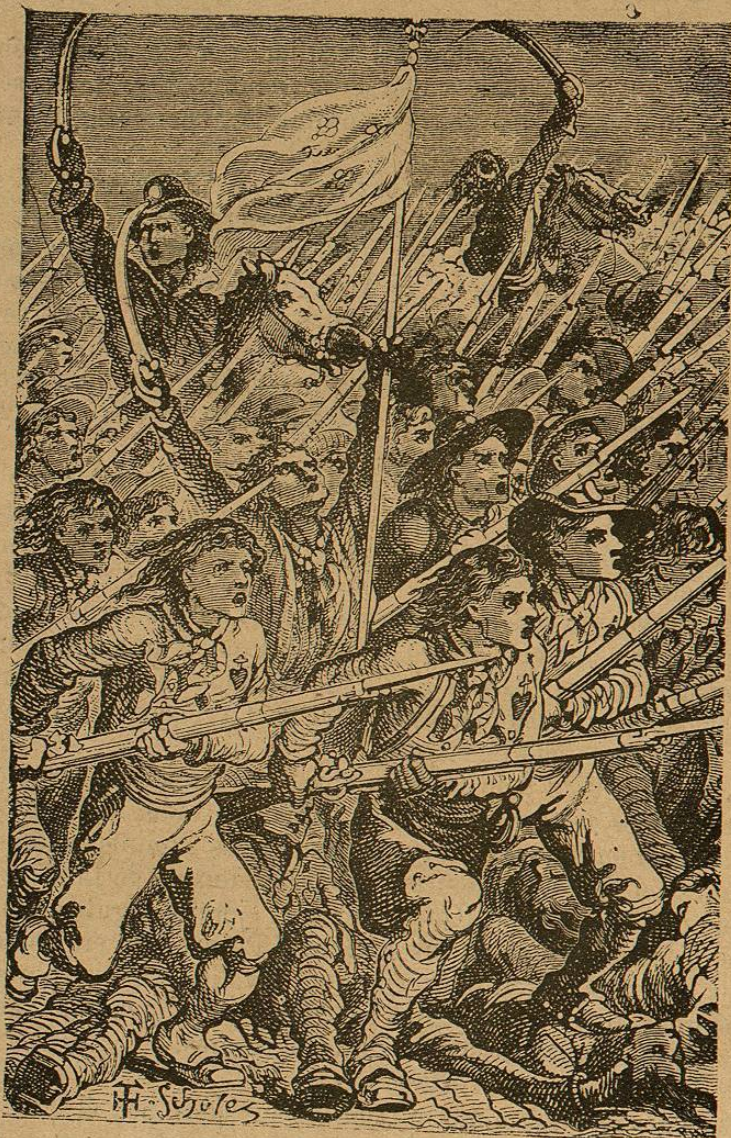


tenecía al extranjero. Ya no se sabe que hará él, ni que le harán hacer sus señores.

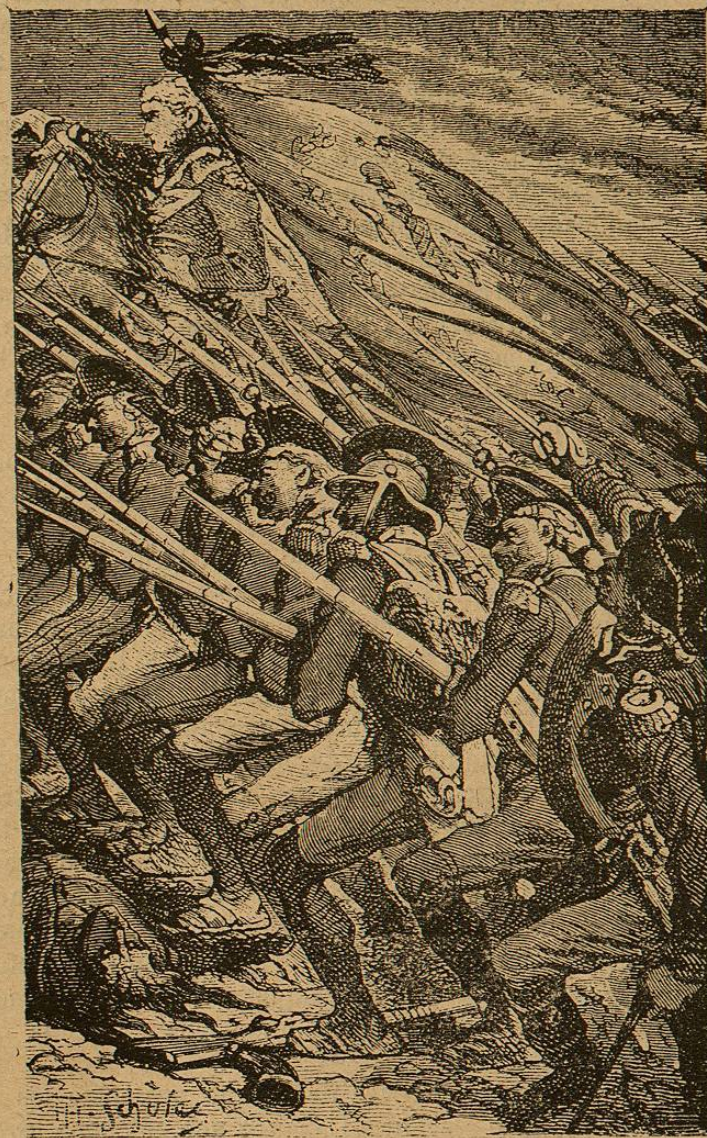


Vendeanos.

Los tres enviados del ministro no sacaron nada en limpio de las palabras fanfarronescas del general.

Que marchaba Dumouriez sobre París. Que tenía fuerzas suficientes para batirse y entre otras mentiras parecidas les dijo: «Hace falta un rey, llámese *Luis* ó *Jacobo*.» «O *Felipe*» —añadió Proly.

Dumouriez se contrarió al ver que Proly le había adivinado el pensamiento.



Republicanos.

La Convención, para notificar á Dumouriez que debía comparecer á á la barra, eligió individuos de su completa confianza: el viejo constitucional Camus, dos diputados de la derecha, Bancal y Quinette y un solo montañés. A estos les acompañó el ministro de la Guerra Bournonville, amigo personal del general Dumouriez. Estos llevaban la peligrosa

comisión de arrestar al general si éste se negaba á presentarse. Determinadas armas le eran devotas ciegamente al general Dumouriez. Este hizo cuanto le vino en gana, hasta dejar en poder de los austriacos algunos franceses que hablaban mal de él y otros que querían asesinarlo.

Dumouriez no se negó en absoluto á obedecer. Quería ganar tiempo, asegurar á Condé y si podía á Lille.

Los enviados insistieron. Camus, que era el portador del decreto, no se asustó ante las siniestras amenazas que proferían algunos generales creyéndole intimidar. El viejo jansenista á quien en la Convención se creía poco republicano, se mostró en tan grave comisión digno de la República que representaba. Finalmente Dumouriez se niega rotundamente: «Quedáis, pues, arrestado—dice Camus y vuestros documentos serán sellados por la Convención.» Encontrábanse allí Valence, Igualdad, algunos oficiales y las señoritas Ferning con su traje de húsares. «¿Quiénes son estas gentes—dijo Camus echando una ojeada severa sobre la equívoca Asamblea?—Dadnos vuestra cartera.»

«Esto es demasiado—dijo Dumouriez—arrestad á estos hombres.» No se fiaba de los franceses é hizo venir á treinta húsares, que solo entendían el alemán.

Dumouriez continuaba entendiéndose con el coronel Mack. Aun no había hablado con Cobourg. Este era el general de la coalición que desde Amberes ocupábase en desmembrar la Francia sobre el mapa.

Algunas veces representó á Dumouriez, Valence. Las naciones conjuradas contra Francia, aun no habían prometido nada á Dumouriez. Querían aprovecharlo primero, explotar su traición.

Dumouriez había prometido más de lo que tenía. El día 4 por la mañana quiso instalar al general Cobourg en Condé. Encontrábase á una media legua con el duque de Orleans. De repente vió que tres batallones de voluntarios sin autorización de sus jefes se precipitaron sobre la plaza y cerraron sus puertas á los austriacos. Así, la Francia traicionada se defendía ella misma. Dumouriez ordenó que retrocedieran las fuerzas francesas. Entonces oye gritos de terror y algunas detonaciones. Dumouriez escapa á través de los campos. Cinco de sus acompañantes cayeron muertos. A duras penas pudo encontrar una barca y atravesar el río.

Su ayudante ordinario el coronel Mack, que presencié los hechos y pudo desautorizarle, hizo escribir á Cobourg una proclama *asegurando* «que no iba á Francia con el objeto de conquistar plazas.» Dumouriez, que no estaba en situación clara para sentir escrúpulos por una vergüenza más, sacrificó esta vez al joven pretendiente; dejó que los austriacos escribieran lo que él no les había autorizado para declararlo. El 22 de Marzo escribieron: «*Restablecimiento* de una monarquía constitucional» que lo mismo hubiera podido ser con el duque de Orleans que con el hijo de Luis XVI.

Pero el 4 de Abril, viendo á Dumouriez fugitivo, escribieron en su

proclama: «*Restablecimiento á la Francia de su rey constitucional*» prescindiendo en absoluto de Igualdad. El rey constitucional no podía entenderse más que de la rama primogénita.

Dumouriez determinó perecer para recobrar su prestigio, decidiendo partir al campo francés. Mack palideció ante tanta audacia y no le dejó partir sin darle por escolta algunos dragones. Dumouriez quería saber lo que podía esperar del ejército. La escolta de austriacos perdió á Dumouriez. Aquellos no servían para protegerle, si no para evidenciar su traición. Sin este testimonio aportado por el mismo Dumouriez, quizás se hubiera salvado.

El ejército estaba indignado de la agresión de los batallones voluntarios contra Dumouriez.

Cuando éste reapareció conmovido, el ejército acercóse al general. Aunque los voluntarios continuaran en su actitud sombría y amenazadora, aunque la artillería permaneciera en la más terrible de las reservas, las fuerzas de línea se conmovieron ante Dumouriez. Este, al pasar frente á la bandera de Francia, gritó: «Amigos míos, he hecho la paz. Vámonos á París á detener la sangre que se derrama...»

Estas palabras causaron impresión. Dumouriez estaba frente al regimiento de la Corona. Abrazó á un oficial. Un soldado furriel salió de entre las líneas y preguntó á Dumouriez: «Mi general ¿quienes son aquellas gentes?» señalando á la escolta de los austriacos. «¿Qué significan los laureles que llevan? Vienen á insultarnos.»

Los alemanes, vencedores ó no, tienen el capricho de llevar en la primavera algunas hojas verdes en el sombrero.

«Estos señores—dijo Dumouriez—son ahora nuestros amigos. Serán nuestra retaguardia.»

«¿Cómo?—gritó Fichet.—Los austriacos entrarán en Francia, desmembrarán nuestro territorio... ¡Oh, no! ¡Esto es una venganza, una traición! ¡Es la deshonra de Francia!»

Estas furiosas exclamaciones electrizan á todo el ejército. Oyéronse mil detonaciones al mismo tiempo. Todo un regimiento disparó contra Dumouriez. Este volvió grupas. Ya era tarde. «¡A Saint-Amand!»—gritó. Esto ya no era posible.

El general Dampierre se lanzó tras él, después hizo lo mismo Lafayette y finalmente todos los generales. La artillería partió para Valenciennes y el resto del ejército abandonó el tesoro, todo su equipaje. Un solo regimiento hizo causa con Dumouriez, el de húsares, cuya mayor parte se componía de alemanes. Quedaron rezagados tres regimientos sin saber qué hacer. El joven duque de Orleans no siguió á Dumouriez en su peligrosa marcha. Sacrificado por Dumouriez en la proclama austriaca, había perdido toda orientación; Orleans tanteó á los tres regimientos rezagados.

¿Cuál podía ser el propósito de esta misteriosa visita? El carácter del protagonista nos lo deja adivinar con facilidad.

Según la disposición de ánimo en que él pudo encontrar aquellas fuerzas, así hubiera podido utilizarlas. Si conducía á Francia estos tres regimientos desmentiría alguna de las murmuraciones que se hacían acerca de sus relaciones con Dumouriez, se haría verdaderamente popular. Todos hubieran dicho: «Mientras la Convención colocaba á Orleans fuera de la ley, él devolvía su ejército á la Francia.» Hubiera entrado no absuelto, pero sí glorioso, bajo un arco de triunfo como los héroes del patriotismo y de la fidelidad.

La actitud triste y desconfiada de los tres regimientos hizo inútil todo intento.

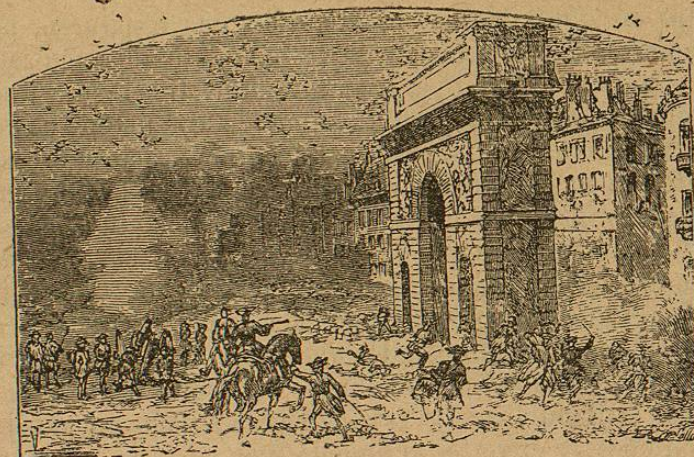
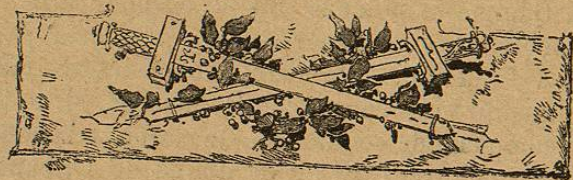
Igualdad, fuera ya de la ley, causó recelos á los tres regimientos que desconfiando de su suerte no iban á entregarse en manos de un jefe sospechoso.

Se pasó á los austriacos, no para seguir á Dumouriez, si no para adquirir un pasaporte y conducir á su familia á Suiza y hacerse olvidar en el destierro.

Nada tan conveniente para él como esperar el curso de los acontecimientos é irse desligando poco á poco de todos los nudos que lo ataban á la Revolución, á fin de que se operase una transición suave, para que se estimase su arrepentimiento. Libre de Dumouriez no tardó en deshacerse de madama Genlis. La sacrificó á su madre porque necesitara reconciliarse pronto y á toda costa.

Era aun el heredero de la inmensa fortuna de su madre. Conservaba esta los bienes de su padre el duque de Ponthievre, bienes que respetó la Revolución.

Desde el año 94 pudo gozar de una renta de cuatro millones, y estando á la expectativa de ser el primer propietario de Europa.



## PREFACIO AL TERROR

### EL TIRANO

Cada época tiene sus frutos. No abominemos de la vida, pues cada estación nos enseña nuevos y ricos manjares. El tiempo nos abre los ojos acerca de sucesos que, conociéndolos antes, no nos los explicábamos. Transcurridos quince años después que publiqué la historia del Terror he visto nuevos horizontes y he descubierto nuevos hechos. Sin embargo, ninguno de los por mí transcritos ha resultado inexacto. Al contrario, cuantos documentos se han hecho públicos han venido á confirmar lo que había sentido y adivinado á través de tan candentes episodios. Hoy juzgo aquellos hechos con mayor claridad todavía y puedo sentar por lo mismo una nueva afirmación: bajo su forma apasionada y revoltosa, aquella fué la época de una dictadura.

Y no hablo, por cierto, de los cuatro últimos meses en que todos los poderes estuvieron sujetos á un solo hombre, poder que resultaba más absoluto y negativo de la libertad aun que Luis XVI y Bonaparte. Hablo de tiempos precedentes, cuando aun la autoridad estaba dividida en distintos organismos.

Es necesario explicar esto, porque aun hay muchos escritores autoritarios en el fondo que lo justifican, quizás por entenderlo de un modo contrario. Aparece en primer término el proceso, trama oscura, enigma que muchos han creído indescifrable. Y esto es ciertamente difícil cuando se ha de analizar á hombres que unos consideran como monstruos y otros como dioses. Entonces se impone no estudiar solo estos seres, si